

que esto no era más que una astucia del demonio y dijo á esos animales : « Si Dios os ha dado poder para dañarme, « consiento voluntariamente que me devoreis ; pero si son « los demonios quienes os han traído aqui, retiraos, porque « yo soy siervo de Jesucristo ». Apenas hubo él terminado estas palabras, cuando todos huyeron con extraordinaria velocidad.

Por más deseos que tuviese de vivir en la soledad, se vió sin embargo forzado á ceder á las instancias de sus religiosos, que le instaron á que bajase de la montaña, para ir á visitar los monasterios que él habia fundado. Empezó, pues, este viage con algunos de sus discípulos, y Dios hizo ver por un milagro que aprobaba su caridad. Como el trayecto que mediaba entre su montaña y dichos monasterios era largo y no se encontraba en el camino agua buena para beber, tuvieron que llevarla en un camello ; pero faltóles la provision á mitad de camino, y el excesivo calor que hacia en aquellos abrasadores climas aumentaba el ardor de su sed. Aquellos buenos solitarios se vieron reducidos á un tan grande extremo que, dejando marchar al camello y echados por el suelo, solo esperaban la muerte.

El santo viejo, penetrado de dolor al verles en esta triste situacion, alejóse algo de ellos y, levantando las manos al cielo para obtener auxilio, el Señor hizo brotar, en el mismo lugar en que oraba, una fuente en la que apagaron su sed. Llenaron tambien los odres que habian vaciado y cargaron con ellos al camello al que encontraron atado por el cabestro á una piedra.

No puede explicarse cuánto fué el gozo de los solitarios á quienes fué á visitar, cuando tuvieron la dicha de verle ; porque todos le consideraban como a su padre y le querian tanto quanto respetaban su virtud. Ellos escucharon con santa avidez las palabras de vida que les dirigia, y sus discursos les inspiraban un tan grande ardor de crecer en la

virtud, que el santo patriarca estaba sumamente lleno de consolacion.

En este viage tuvo asimismo el consuelo de encontrar á su hermana á la cabeza de una comunidad de vírgenes, de las que habia sido nombrada superiora no menos por sus virtudes que por su edad.

Despues que él hubo asi satisfecho los piadosos deseos de sus hijos espirituales, volvióse á su montaña, á donde continuaron viniéndole á ver muchos solitarios asi como tambien otras personas afligidas de diversos males. A aquellos instruía con saludables avisos ; y, siempre tierno para con las miserias de los demás, obtenia del cielo milagros con sus oraciones, á favor de las últimas.

Curó á uno que se llamaba Fronton, de la familia del emperador, de una enfermedad tan extraordinaria, que se cortaba la lengua con los dientes. Devolvió tambien la salud á una joven, paralítica é inficionada de un humor tan maligno y corrompido, que descargándose por los ojos, nariz y orejas, se le engendraban gusanos en estos miembros.

Pero lo que merece aun más nuestra admiracion es que este gran santo era tan humilde, que cuando Dios, por razones que á nosotros son impenetrables, no oía sus oraciones, se sometia sin pena á su divina voluntad y exhortaba ó los demás á que se sometieran á ella ; ó bien les enviaba á otros solitarios, para obtener de Dios por su mediacion lo que él no habia podido obtener, teniéndose como muy inferior á su mérito y admirándose de que vinieran á encontrarle, cuando podian dirigirse á ellos.

Su soledad no era solamente un lugar de prodigios, sino una montaña de visiones por las frecuentes revelaciones con que en ella Dios le favorecia. Por esta via supo que de dos solitarios que venían á verle, el uno habia muerto de sed en el camino y el otro iba á perecer del mismo modo, si no se hubiese apresurado á enviarle á sus discípulos para

que le socorrieran. Vió tambien el alma de San Ammon de Nitria subir al cielo y por esto conoció el momento de su muerte, de lo cual se cercioró por dos solitarios venidos de Nitria, en donde moraba este santo ¹. En la vida de Eulogio de Alejandria, que fué á consultarle sobre un sujeto enfermo que le servia, veremos cómo Dios le habia dado á conocer al sujeto que llevó á él.

Otras veces, el mismo Dios le instruía en las virtudes por medio de visiones particulares, de las que se sirvió tambien para la edificacion de sus hermanos. Habiéndose puesto en oracion á la hora de Nona, antes de la refeccion, fué arrebatado en espiritu y parecióle que los ángeles se le llevaban al cielo y que los demonios se oponian á su paso. Los espíritus bienaventurados tomaban su defensa y preguntaban á los demonios si tenian algun derecho sobre él. Estos alegaban los pecados que habia cometido desde su nacimiento ; pero los ángeles les respondieron que Dios se los habia perdonado y que, si algo tenian que echarle en cara desde que habia abrazado la vida monástica, podian decirlo ; pero no teniendo qué replicar, quedóle expedito el camino del cielo. Antonio, vuelto en si de su éxtasis, no pensó siquiera en tomar su ordinaria refeccion, sino que pasó lo restante del dia y de la noche en orar y gemir, considerando cuáles son los enemigos que se oponen á nuestra salvacion.

En otra ocasion en que habia tratado con otros solitarios sobre el estado de las almas despues de la muerte, oyó á la noche siguiente una voz que le dijo : « Antonio, levántate, sal y mira ». Levantóse y vió un terrible fantasma,

¹ Nitria, pais del Bajo-Egipto, al oeste, que contiene muchos lagos, de donde se ha sacado siempre gran cantidad de nitro (salitre). La Nitria formaba un gobierno ó provincia. Hoy se la llama valle de Natron. Empieza á 70 Kilómetros al oeste del Cairo y tiene 110 Kilómetros de noroeste á sudoeste.

cuya cabeza parecia tocar las nubes y que extendia sus brazos para detener á los que querian subir al cielo. Con algunos salia con la suya ; pero otros le escapaban y se burlaban de sus amenazas. La misma voz que le habia llamado, añadió : « Fíjate bien en lo que ves ; » y al mismo tiempo, despejando Dios el sentido de esta vision, le dió á conocer que este fantasma era el demonio que se esforzaba en impedir á las almas la subida al cielo, pero que nada podia contra las que no quieren sujetársele por el pecado. Tambien vió, en otra oracion, toda la tierra sembrada de lazos, y mientras pensaba quién podria escapar de tantos lazos, fuéle respondido, por una voz celestial, que el alma humilde.

Para confirmarle en la humildad, tan necesaria á un hombre elevado, como lo era él, por tan maravillosos dones, manifestóle Dios algunas veces la eminente virtud de algunos santos personajes, á quienes hasta entonces habia conservado desconocidos al resto de los hombres. De este modo reveló el mérito de San Pablo, primer ermitaño, y el de un zurrador de pieles de Alejandria, cuya práctica principal era decirse todas las mañanas á si mismo, con los sentimientos de una sincera humildad : Todos los habitantes de esta ciudad cumplen con su deber y trabajan para ganar el cielo, y solo yo merezco el infierno á causa de mis pecados.

En la coleccion de las *Vidas de los Padres de los desiertos*, pueden verse otros ejemplos de esta naturaleza. Pero no podemos pasar en silencio la célebre vision que tuvo de los males que los Arrianos habian de cometer despues de su muerte, en Alejandria, vision narrada por San Atanasio y San Juan Crisóstomo y reconocida por toda la antigüedad. Hé ahí cómo la refiere San Atanasio : « Estando « un dia Antonio sentado, entró en éxtasis y permaneció « en él mucho, dando grandes suspiros. Una hora des-

« pues, suspirando todavía, volvióse hacia los que se hallaban presentes, y, temblando, levantóse para orar de nuevo. Permaneció todavía largo tiempo de rodillas y levantóse por último, derramando un torrente de lágrimas. « Sus discípulos, sobrecogidos de pavor, le instaron tan fuertemente á que les dijera lo que Dios le había dado á conocer, que no pudiendo resistir más á sus instancias, les dijo : ¡ Hijos míos ! La muerte me sería más dulce que el ver realizarse lo que Dios acaba de revelarme. « Al decir estas palabras se detuvo ; pero instándole todavía más sus discípulos, prosiguió de esta manera, derramando abundancia de lágrimas : La cólera de Dios debe pesar sobre su Iglesia. Ella será entregada á gentes comparables á las bestias por su inhumanidad. Yo he visto la mesa del Señor rodeada de mulos que todo lo derribaban á patadas, y estas patadas eran como de una confusión de bestias que saltan y matan ; y oí una voz que me dijo : « Mi altar será profanado ».

Esta predicción se verificó dos años después con los estragos que los Arrianos hicieron en las iglesias y principalmente en Alejandria, cuando por violencia colocaron en la sede de esta ciudad al detestable Gregorio de Capadocia, en lugar de San Atanasio, á quien habían arrojado ; porque Filagro, prefecto de Egipto, que había sido dado por el emperador á Gregorio para prestarle mano fuerte, habiéndose conquistado en Alejandria á los paganos, judíos y gentes desarregladas, les envió por cuadrillas con espadas y bastones contra los católicos reunidos en las iglesias. Arrojárónse desde luego sobre la que llevaba el nombre de Quirino ; desnudaron las sagradas vírgenes, tratároulas indignamente, pisotearon á los monjes, muchos de los cuales murieron, apalearon á algunos de ellos y vendieron á otros como a esclavos. Los santos misterios fueron arrojados al suelo por los paganos, que sacrificaron sobre la santa mesa

aves y frutas de pino en honor de sus ídolos, y pronunciaron horribles blasfemias contra Jesucristo. Quemaron también los Libros santos ; algunos entraron con Judíos en el bautisterio, y habiéndose metido en él completamente desnudos, hicieron y dijeron infamias, que no es permitido contar. La iglesia fué entregada en presa de su violencia y de su avaricia. Lleváronse todo cuanto pudieron hallar, hasta los depósitos de los particulares que allí se guardaban. Bebieron el vino consagrado a Dios, ó lo derramaron ; robaron el aceite ; lleváronse puertas y balaustres ; echaron por el suelo las lámparas y encendieron las velas de las iglesias en honor de los ídolos. Jamás se vió tanto furor, tanta infamia, tanta impiedad y tanto encarnizamiento contra Jesucristo y sus siervos.

Pero después que San Antonio hubo predicho estas desgracias á sus discípulos, no quiso privarles del consuelo de saber el fin de ellas, y añadió : « Sin embargo, no perdais el ánimo, hijos míos ; porque si el Señor está ahora enojado, tendrá todavía compasión de nosotros. La Iglesia « recobrará su esplendor primitivo, y los que habrán permanecido firmes en la fe, serán restablecidos con honor. « Se verá á la impiedad ocultarse en los tenebrosos antros « de donde saliera, y la religion se extenderá más que nunca. « En cuanto á vosotros, poned cuidado en no dejaros inficionar jamás por el veneno de los Arrianos. Su doctrina, « muy lejos de venir de los apóstoles, no tiene otro autor « que al demonio. Hasta es extravagante ; y los que la defienden son justamente figurados por mulos que no tienen espíritu ni razon. » Asi hablaba el gran Antonio á sus discípulos en el ardor del zelo en que ardia, por el sostenimiento de la verdadera fe.

A causa de este mismo zelo detestaba á los cismáticos y á los hereges ; jamás quiso ligazon con ellos, ni siquiera hablarles familiarmente, diciendo que la amistad y la co-

municacion con tales gentes eran la ruina de las almas. Arrojó vergonrosamente de su montaña á algunos Arrianos que se habian atrevido á ir allá y cuya impiedad reconoció muy pronto.

Habiendo algunos de esta secta hecho correr el rumor de que él pensaba como ellos, el Santo, cuya humildad habria sufrido en silencio cualquiera otra calumnia, se admiró de su descaro y, animado de una santa cólera contra esta falsedad, en la que la gloria de Jesucristo estaba más interesada que la suya, fué á Alejandria, á instancias de los obispos ortodoxos, y allí combatió públicamente á los Arrianos, exhortando á los fieles á no tener con ellos comercio alguno y diciendo que no se diferenciaban de los paganos y que todas las criaturas se levantaban contra ellos porque igualaban en su rango al que las habia criado.

Su presencia en esta ciudad hizo un maravilloso efecto sobre el corazon de los pueblos. Estos estaban llenos de gozo al oírle pronunciar anatema contra la heregia. Todos se afanaban por verle. Los mismos sacerdotes de los paganos iban á la iglesia, solicitando hablar con el hombre de Dios, pues de esta manera le llamaban. Hizo allí muchos prodigios; y San Atanasio certifica que en el corto tiempo que permanecio en aquel lugar, se convirtieron á la fe más infieles de lo que se habian convertido antes durante todo un año.

Vió tambien allí á Dídimo, aquel celebre ciego que, aun cuando habia perdido la vista desde la edad de cuatro años, se habia impuesto mucho en toda clase de ciencias¹ y era entonces muy apreciado de los prelados católicos, á causa de la pureza de su fe. Antonio le preguntó en una conversacion familiar si tenia pesar por la pérdida de la vista. Dídimo tenia alguna vergüenza de confesarlo,

¹ Más tarde cayó en los errores de Orígenes.

pero, instándole á que le respondiese, confesó que tenia de ello pena; con lo cual le replicó: « Yo extraño que un hombre tan juicioso como vos, eche á menos unos ojos que nos son comunes con las moscas, hormigas é insectos y que no se regocije más bien de poseer la luz de los apóstoles y de los santos. Mucho más vale, añadió él, ser esclarecido en el espíritu que en el cuerpo, y tener esos ojos espirituales que no están oscurecidos con las manchas del pecado, que tener estos ojos de carne, una sola mirada de los cuales puede precipitar á un hombre en los infiernos. »

Capítulo IV.

Antonio, habiendo dado en Alejandria un testimonio tan brillante de la divinidad de Jesucristo, emprendió nuevamente el camino de su montaña, en donde fué otra vez buscado por una infinidad de gente. Sus prodigios y virtudes atraian allí á tantos que, para facilitar el viage á aquel desierto en el que faltaba el agua, un diácono de Afrodites, llamado Baisan, se resolvió á alquilar camellos, para conducir allí en menos tiempo á los que querian ir á ver al santo solitario.

El orgullo de la filosofia pagana cedió en este punto á la curiosidad y fué confundido por la sabiduria de Antonio. Porque aun cuando él no habia aprendido las letras humanas, su prudencia y la viveza de su espíritu y sobre todo aquellas luces sobrenaturales que recibia por la contemplacion de la verdad eterna, suplian este estudio con ventaja.

Dos filósofos griegos hicieron la experiencia de esto. Habian ido á su montaña con el designio de sorprenderle; pero él les reconoció de lejos, salióles al encuentro y les dijo: « ¿ Porqué ¡ oh filósofos! os habeis molestado tanto para ver á un insensato? » Respondieronle que no le creian tal, y que más bien estaban persuadidos de su sabi-